

rios del poder", en *La novela latinoamericana, 1920-1980*, Bogotá, Colcultura, 1982, pág. 483).

También como "literatura de urgencia" se pueden catalogar los veintisiete cuentos que integran el volumen *Clamor de justicia*, recopilados por Ricardo Bolívar V. Según explica el propio compilador y donador del premio al ganador (quinientos dólares), "esta publicación es el resultado material del homenaje que le rendimos a este insigne estadista —Olof Palme—, estadista y nobilísimo defensor de la humanidad asesinado por la intolerancia y la ciega violencia de nuestro tiempo la noche del 28 de febrero de 1986" (pág. 9). El relato ganador, *Eran los tiempos o la historia de Jesús Santos Titancayooc: el último deicida de Ayacucho*, de la peruana Fernanda Aguilar, describe otro capítulo de la cruel batalla que se libra en esta zona del Perú entre las fuerzas militares y los grupos guerrilleros de fuerte asentamiento indígena. El hilo narrativo es llevado a través de uno de los hijos de Jesús Santos, bárbaramente asesinado por el ejército en medio de la comuna: "Eso iba decirles: Que era bueno. Que él no había hecho nada a naides. Que los malos eran otros. Que ¡por ese Dios de los cerros! naides tiene la culpa de vagar por la puna, de ser tan pobre, tan enjuto y trasijado. Y de vivir en medio de la revolución de unos y el olvido de otros" (pág. 17).

El resto de los cuentos tienen un *leitmotiv* insistente y agotador: denuncias por torturas en los respectivos países de los participantes (especialmente en los seis argentinos, en un hondureño —relato cuyo personaje es un paramilitar suicida—, y en la costarricense), historias de jóvenes que abandonan sus estudios universitarios para ingresar a grupos guerrilleros rurales (en el relato de la colombiana) o urbanos (en tres de los españoles)... Mejor dicho, como para hacer una antología benedictina de "conciencia" política y dulce amor en las trincheras.

Estos dos volúmenes reseñados tienen asegurado el pronto olvido. Lo que pasa es que no todos los libros mediocres cuentan con la fortuna de *Mis primeros cuarenta años*, de ser

prologados por un expresidente de la república y escritos por un (mágicamente) nuevo rico. Y, en últimas, eso ya no importa, pues, como diría un personaje de *Los parientes de Ester* de Luis Fayad, "en todo caso es mejor ser un nuevo rico que un nuevo pobre".

CARLOS SÁNCHEZ LOZANO



## Otro autodefensor

### El sicario

Mario Bahamón Dussán

Ediciones Orquidea, Cali, 1988, 182 págs.

Todo es atemorizante en este libro. Desde el título (*El sicario*); la dedicatoria ("A un lector que será la próxima víctima"); la advertencia preliminar ("Los menores de dieciocho años no deberían leer esta novela"); la nota final de la contraportada ("En algún momento usted se sentirá dentro de sus páginas") y el insinuante primer párrafo ("Colombia, la república latinoamericana situada en la mitad del continente; patria de Córdova, de Rivera y de Barba Jacob; la del café, las esmeraldas, las orquídeas y desgraciadamente la marihuana y la coca, vivió en el séptimo año de la década de los ochenta de la presente centuria el más grande flagelo que un país sufriera jamás: la existencia de un temible personaje, al que comúnmente llamaron sicario").

Sobre el desconocido autor sólo se puede sospechar que es *amateur* y que lo es sin ninguna prevención: declaradamente llano y directo. Lo

testimonia su información inmodesta de que la primera edición de su novela apareció en julio, se agotó rápidamente y un mes después, "a solicitud del hambriento público lector", la reimprimió. Es de suponer, pues, que con sus cesantías, pequeños ahorros, préstamos aquí y allá, tal vez arriesgando un mes de salario, pudo pagar a un impresor astuto la suma correspondiente —¿por mil ejemplares? ¿por dos mil?— para responder a semejante desafío. Esta sinceridad arrebatadora se interrumpe, de pronto, con una pequeña excusa autobiográfica: "Usted perdonará que yo, que estuve 25 años en el ejército, no ahonde sobre el tema de los guerrilleros. Lo haré en la próxima novela. Si Dios me lo permite" (pág. 113). ¡Válganos el Señor! Sería mejor que lo pensara dos veces.

La novelita comienza "yendo al grano", al tema central: un sicario acaba de asesinar en Bogotá a la más alta autoridad eclesiástica del país: el cardenal Ramírez Campuzano, "el único que se enfrentaba a todo lo que causara desorden social o moral", pues con su pasado, "diáfano como la nieve de las cumbres andinas", era capaz solo de desafiar a esta "nación dormida por 45 años de relajamiento moral" (pág. 12). Pero la descripción de la iracundia laica del autor no para ahí: "El cardenal se había convertido en un verdadero líder. Denunciaba los grandes males nacionales y se enfrentaba con valor a los responsables; a los mafiosos, que habían acabado la honra internacional del país, a los comerciantes que se robaban el IVA; a los guerrilleros que sembraban la intranquilidad en vastas zonas del territorio patrio; a los ricos que se contentaban con dar una ínfima limosna al final de la misa, y al lado de sus casas crecía la más grande pobreza [...] a los políticos que sólo buscaban las prebendas del poder, mientras la vida de sus seguidores se hacía más humillante, y aun hasta los mismos curas que olvidando el apostolado de Cristo se plegaban a las exigencias de un mundo material, idólatra e impío" (pág. 12). Ante tan bárbaro crimen —continúa la enumeración agobiante— "en los

taxis, en los buses, en los vehículos particulares, en las casas, en los lugares públicos, en los campos, en los cuarteles y en los seminarios la noticia causaba un demoledor impacto y hacía sentir una inmensa pena. Cada hombre experimentaba una sensación de impotencia, de soledad, de inseguridad y de rabia”.

Bueno, preguntará el lector ansioso, ¿pero el criminal se fugó?, ¿quién lo mandó?, ¿no temía al castigo divino? Con calma, con calma. Las respuestas las da el autor en los siguientes 41 capítulos, en un sorprendente *flash-back* lineal donde nos cuenta la historia del sicario, su infancia (que no fue tierna ni cuidada sino de hambre y palizas). Naturalmente, se nos hace un rápido retrato de la mamá del futuro asesino, la cual —según se nos relata—, en un arrebatado de orgullo, después de haber enviudado durante la Violencia, no se fue con sus hijos a vivir a casa de su suegra, porque “como usted sabe, entre suegra y nuera existen barreras más infranqueables que la Muralla China, la Línea Maginot o la Sigfrido, la Muralla del Atlántico, el Muro de Berlín, la Cortina de Hierro, o el Paralelo 38 o la Línea Bar Lev” (pág. 36). Párrafo que hace creer que el autor es un asiduo lector de Abelardo Forero Benavides.

Sigamos con entereza el discurrir de la historieta: después el adolescente presicario huirá de la casa y comenzará a cometer pequeños robos, se enredará con una mujer de mala vida en Cali, luego con una de buena vida; tendrá problemas con la policía —los odiará desde temprana edad—, odiará también a los guerrilleros con los que pasará unos pocos días y, siguiendo la lógica cruel de la vida, obviamente, le gustará el dinero. Sí, el dinero fácil, ganar dinero sin trabajar. ¡Ah!, pero antes detengámonos en un subcapítulo destinado a “retratar el estado del país en esos años”: “El país rural de vida sana y tranquila había quedado muy lejos, y sólo existía en el recuerdo de los más viejos [...] Estaba sucediendo en Colombia que funcionarios públicos que en su delinquir habían sido descubiertos, por primera vez no fueron a la cárcel [...] Comenzaron los viajes innecesarios

de algunos parlamentarios en turismo oficial por el mundo entero [...] los buenos abogados se quedaron litigando mientras que los malos se metieron de jueces [...] la Iglesia, defensora por antonomasia de la moral pública y privada, fue incapaz de preservarla, pues el que vive cerca de la cascada termina por acostumbrarse al ruido [...] se hizo popular un establecimiento llamado motel y usted sabe que toda sociedad en la cual a la mujer sólo se la ve como objeto de placer, es corrompida y termina por destruirse [...] En resumen, al perderse la conciencia moral de la nación, la vida comenzó a volverse un caos” (págs. 57-61). En fin...

No perdamos el hilo, pues el crimen se acerca. El personaje, después de llevar prácticamente una “vida de perros”, se entregará, ahora sí, en cuerpo y alma a los brazos de la delincuencia. Se va para Medellín, “la tierra de los paisas, de aquellos que con su reciedumbre se enfrentaron a la montaña y con el tiempo llegaron a ser los más grandes industriales del país” (pág. 149). Allí conoce a una pandilla de sicarios, asesina a un ganadero, por poco lo mata en un bar de mala muerte otro sicario llamado “*Que Vaina*, pues siempre contestaba así cuando le contaban algo” (pág. 151), pero logra salvarse de chiripa y, finalmente, las altas jerarquías del Mal le hacen un *encarguito* de extrema seguridad y harta plata: matar a “su Santidad el Cardenal”, quien en esos días “iba a lanzar un ataque frontal contra la amoralidad nacional y especialmente contra los dineros de la mafia infiltrados en la mayoría de los estamentos nacionales” (pág. 173).

Después de cometido el cobarde crimen, el sicario regresa a Medellín, pero, durante el recorrido en moto con su compañero de fechorías, éste lo liquida y, a su vez, otros matones despachan a éste último y así sucesivamente. Moraleja del autor: “Lo que ignoraba el sicario Manuel A., era que en ese corto tiempo había asesinado a la persona que dedicara su vida entera al servicio del bien, de los demás, y que emprendiera una campaña sin igual para acabar con tantas injusticias y maldad que precisamente habían ayudado a con-

vertirlo en lo que actualmente era: un hombre que mataba porque le pagaban y que en el más remoto fondo de su perversa alma odiaba todo lo que representara autoridad, estuviera investido de dignidad o tuviera el más mínimo privilegio” (pág. 177).

No debe sorprender la aparición de este tipo de literatura. De hecho, hace diez años, Juan Gossain comenzaba la serie, con su *La mala hierba*, que de verdad era muy mala (la novela, no la hierba). Pero el apóstol san Juan, aun en medio de la borrasca plagiaría y epigonal garciamarquiana, reconocía en un hecho social —la bonanza marimbera que dinamizó económicamente gran parte de la costa atlántica entre 1974 y 1980— el prefacio de acontecimientos políticos y humanos que degradarían al país todavía más y lo colocarían en una situación límite que históricamente ha soportado desde la inauguración del Frente Nacional, en 1957. Seguramente vendrán otras “versiones populares” de los hechos históricos del presente. Deplorables y logradas. Pero, antes, es importante reconocer el origen social y económico de esta sinsalida que, naturalmente, no es la cómoda del esquemita “la Nación contra los narcotraficantes”. Un engaño de similar naturaleza había pro-



vocado la reacción del extraordinario novelista estadounidense Dashiell Hammett, quien, ante el cuestionamiento, que le hiciera la dramaturga Lilian Hellman, de "moralidad política en tiempos de mafiosos", había respondido: "Excúsame, pero este no es mi negocio, y obedecer a los caprichos del titiritero del poder me parece tan estúpido como ganarme un tiro por equivocación".

CARLOS SÁNCHEZ LOZANO



## Profesión de fe en el proteccionismo

Historia económica de Antioquia

Gabriel Poveda Ramos

Colección Autores Antioqueños, Medellín, 1988

Este trabajo de Poveda Ramos tiene el mérito, y la utilidad al mismo tiempo, de sintetizar de manera armónica los anteriores trabajos que sobre historia económica antioqueña había ya publicado el autor. Podemos mencionar en especial sus *Dos siglos de historia económica de Antioquia* (1984), *Minas y mineros de Antio-*

*quia* (1984) y, naturalmente, su *Historia del ferrocarril de Antioquia* (1974).

Poveda nos muestra, en los capítulos iniciales, el estado tan precario en que Antioquia se encontraba con relación al resto del país hasta mediados del siglo XIX. Los testimonios del gobernador Francisco Silvestre, quien a finales del siglo XVIII daba cuenta del estado tan deprimido de la provincia de Antioquia, son refrendados con cifras bien interesantes por Poveda, quien dedica el primer capítulo a contrastar el tremendo subdesarrollo de Antioquia frente al resto del país, que se hallaba en mejores condiciones. El análisis de Poveda, que coincide con la visión muy clara que tuvo el oidor Mon y Velarde, es la de que la gran restricción para el despegue inicial de la economía antioqueña (el *takeoff* de Rostow) fue la deficiente infraestructura alimenticia de la provincia. Quizás acá radica uno de los puntos más valiosos del trabajo de Poveda. El autor calcula los déficit alimentarios que exhibía la provincia de Antioquia, tomando sus principales productos (maíz, frijol, carne) para demostrar cómo hasta ya entrado el siglo XIX Antioquia no adquiere la autosuficiencia alimentaria, con lo que se verifica la hipótesis de que mientras esta autosuficiencia no se hubo alcanzado no fue factible que el desarrollo económico de Antioquia se iniciara con el empuje que pudo exhibir a todo lo largo del siglo XIX.

Poveda, igualmente, suscribe el hecho, ya constatado por otros historiadores, de que Antioquia no fue una provincia de grandes haciendas. Los latifundios fueron menores que en otras provincias colombianas. Esto permitió la conformación de una mayor movilidad social y una agricultura de parcelas familiares que iba a ser, con posterioridad, el origen de la colonización antioqueña y del desarrollo de la economía cafetera. Desde luego, que el desarrollo económico de Antioquia no hubiera partido del latifundio sino de la pequeña minería, no quiere decir que éste hubiera sido un desarrollo sin conflictos de tierras, que, por supuesto,

los hubo tanto en el periodo anterior a la colonización antioqueña como durante la colonización misma. El punto es importante para destacar que la acumulación inicial de capital radicó principalmente en la actividad minera y comerciante, más que en la actividad agrícola y ganadera, como aconteció en otras regiones del país.

Del trabajo de Poveda queda en claro lo que pudiéramos llamar la secuencia del desarrollo económico de Antioquia. Esta secuencia empieza con la minería de aluvión, prosigue con la minería de vetas, a la cual va asociado el crecimiento del comercio, y la acumulación naciente de capital, con la cual se financia la ampliación inicial de la frontera agrícola, en las vegas del Cauca y en el suroeste, en un principio, y posteriormente hacia el sur, región de Caldas, Quindío y norte del Valle. Prosigue el crecimiento de la ganadería, y más adelante vendrá la que para Poveda constituye el punto central de explicación del crecimiento económico de Antioquia, que es la construcción del ferrocarril y todo lo que ello significó, para concluir en el estadio final, o sea en la industrialización.

La construcción del ferrocarril duró sesenta y tres heroicos años: de 1886, cuando se decreta su construcción, hasta el 7 de agosto de 1929, cuando la primera locomotora cruza el túnel de La Quebra. Para visualizar la importancia del ferrocarril de Antioquia en el desarrollo económico de esta provincia, baste citar este párrafo de Poveda, en el cual se ilustra muy bien la magnitud del abaratamiento de costos que significó el ferrocarril para la provincia: "Basándose en información recogida en Antioquia y otras partes del país, P.W. Mac Greevy ha calculado que el flete promedio en caminos de herradura de Colombia en el período 1845-1880 era de 41,6 centavos por tonelada/kilómetro; y que ya en la época de iniciarse nuestro ferrocarril (hacia 1880, era de 60 centavos por tonelada/kilómetro. Puede tenerse una idea de la importancia económica del ferrocarril señalando que Cisneros calculaba que en él el flete sería de 17 centavos tonelada/kilómetro para importaciones, 8 centavos tonelada/kilómetro para expor-